

inmortales se adivina un corazón tierno y apasionado, poseído de los más nobles sentimientos, que se desbordan con deliciosa naturalidad, encarnándose en los personajes, especialmente del sexo femenino, que anima sobre la escena; y más todavía, detrás del poeta que encanta con las mágicas creaciones de una fantasía inagotable, se advierte al hombre asendereado por los golpes de la fortuna, que si bien han abierto en su alma hondo venero de amargura, no han bastado para turbar la serenidad del filósofo, que avanza con pie firme tras la realización de los altos ideales que le inspiran.

Tales fueron, en general, los sentimientos que se despertaron en mi alma desde la época ya lejana á que me vengo refiriendo, y que con el transcurso del tiempo, con la reflexión y el estudio del insigne dramaturgo, se han visto confirmados en vez de debilitarse, hasta que ahora me he resuelto á dejar consignadas mis impresiones, como un tributo de admiración al grande hombre cuya gloria brilla más pura tras la crítica desdeñosa que intentó deslustrarla. No se crea por esto que abrigue la presunción de analizar en sus infinitos pormenores, las múltiples producciones del insigne poeta. ¿Qué podría añadir á los profundos y eruditos estudios literarios, biográficos y bibliográficos de los Sres. Menéndez y Pelayo, La Barrera y tantos otros sabios escritores que se han consagrado á tarea tan grata?¹ Por otra par-

¹ Debo aquí mencionar muy especialmente la edición monumental de las Obras de Lope de Vega que está haciendo la Academia Española, y que ha ordena-

te, esa obra, tal como la comprendo, desafía las fuerzas humanas por su extensión y magnitud, á trueque de quedar siempre incompleta, porque si es ya enorme lo que se conoce, es mucho mayor lo que se ignora, y que, por consiguiente, se escapa á todo examen. Sin embargo, en esa parte mutilada que nos queda, pareceme posible rastrear las bases fundamentales en que descansa la obra majestuosa de Lope, indicar los ideales que le inspiraron, y fijar el sistema que siguió para realizarlos, logrando así valorar hasta donde es posible la fecunda emancipación literaria, consumada por el «Fénix de los ingenios,» cuyo espíritu domina sin rival al través de tres siglos en la marcha gloriosa del arte dramático.

II

Tengo por principio indiscutible que al emprender el examen de una obra de arte, debe comenzarse por prescindir de todo espíritu de escuela, de toda idea fundada en el dogmatismo de un sistema determinado; hay, por el contrario, que identificarse hasta donde es posible con el alma del autor, para pensar como él pensaba, para sentir como él sentía, para percibir la relación que liga sus propias concepciones con el mundo físico que le rodeaba, y con la atmósfera

do y dirige el eminente humanista D. Marcelino Menéndez y Pelayo, quien bajo el modesto título de observaciones trae una serie de estudios profundísimos sobre cada una de las producciones del «Monstruo de la naturaleza,» digno sólo de ser comentado por el «Monstruo de la erudición y de la crítica.»

social bajo cuya influencia le tocó en suerte desarrollar su idiosincracia psicológica. Si tenemos que reconocer por otra parte, como dote esencial de la criatura inteligente, el poder de concebir la belleza y embriagarse con sus encantos, no es menos cierto que al aplicarse sobre objetos concretos esas altas facultades, surge una variedad infinita de formas, contradictorias si se quiere, pero todas legítimas, como que se derivan de la misma fuente, siempre que no violen las leyes constitutivas del espíritu humano. De aquí se sigue que el arte ofrece diversas esferas independientes y soberanas, en cada una de las cuales domina una plástica especial que reviste de cierta fisonomía distintiva al conjunto de sus creaciones, y que al penetrar en una de ellas el que ha formado su educación en esfera distinta, debe despojarse en cuanto pueda de sus hábitos intelectuales ante lo que seguramente le chocará en el primer momento, si quiere formar opinión exacta de lo que ve; porque si se esfuerza en someterlo al criterio en cuya elaboración han intervenido otros elementos, calificará de absurdo lo que no puede juzgar por hallarse fuera del punto de vista en que se ha colocado, no de otra suerte que el viajero que califica de bárbaro á un pueblo porque no encuentra en él los usos, las creencias, el idioma, el clima del pueblo en que ha vivido.

Así se comprende que literatos insignes como Moratín y Quintana, hayan pronunciado opiniones tan desfavorables sobre Shakspeare y Lope de Vega.

Los patriarcas de la libertad romántica no pueden caber en la férrea turquesa del rigorismo clásico, y cuando tales críticos se sientan subyugados por la magia omnipotente que los deslumbra, dirán como Voltaire después de examinar al trágico inglés «fué un genio bárbaro,» sin reflexionar que esa supuesta barbarie consiste en no ajustarse á los tipos de perfección artística, objeto de un culto exclusivo.

Al tratarse de Lope, ocurre desde luego preguntar á qué se debió la amplitud ilimitada que trazó á sus obras dramáticas. ¿Fué por ventura un movimiento inconsciente, determinado por causas extrañas, ó bien efecto de un sistema preconcebido y deliberadamente adoptado? No se necesita discurrir mucho para hallar la respuesta, cuando el mismo Lope se encargó de consignarla en su interesantísimo *Arte nuevo de hacer comedias*. Debe advertirse ante todo, que nuestro poeta fué un profundo humanista; que su gusto se formó bajo los principios clásicos de la escuela aristotélica, y que como una muestra de su portentosa precocidad se cita la versión castellana que á la edad de diez años hizo del poema latino de Claudiano sobre el rapto de Proserpina. Así, pues, si se apartó del sendero trazado por los antiguos maestros, fué

No porque yo ignorase los preceptos,
Gracias á Dios, que ya tirón gramático
Pasé los libros que trataban desto,
Antes que hubiese visto al sol diez veces
Discurrir desde el Aries á los Peces.

Pero él encontró que en España estaban las comedias

No como sus primeros inventores
Pensaron que en el mundo se escribieran,
Mas como las trataron muchos bárbaros,
Que enseñaron el vulgo á sus rudezas.

Así es que el gusto teatral se hallaba de tal manera extraviado, que escribir conforme á las reglas del arte no daba fama ni galardón, como lo tuvo de experiencia el mismo Lope en las comedias que compuso con tales condiciones, y ante tal desengaño

A aquel hábito bárbaro me vuelvo;
Y cuando he de escribir una comedia,
Encierro los preceptos con seis llaves;
Saco á Terencio y Plauto de mi estudio,
Para que no me den voces; que suele
Dar voces la verdad en libros mudos;
Y escribo por el arte que inventaron
Los que el vulgar aplauso pretendieron;
Porque, como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

Si hubiéramos de tomar estas palabras en un sentido absoluto y como una conclusión definitiva, habría que suponer que Lope de Vega se separó á sabiendas de toda disciplina; que atropelló todos los preceptos del arte, siguiendo el camino trillado, sin otra mira que halagar la rudeza del vulgo. No era esto, sin embargo, posible en un genio como el suyo, en que á la potencia creadora se adunaba el pulimento de la más refinada cultura. Colocado entre los rigores de una severa disciplina y las libertades de una es-

pontaneidad bárbara, supo abrirse camino creando el *Arte nuevo*, que caracteriza una de las más brillantes evoluciones de la historia literaria. A los partidarios del arte antiguo, Lope recomendaba que leyeran al doctísimo Robortelo, donde hallarían cuanto quisieran sobre el asunto; mas si se le pide su parecer acerca de las comedias, contestará

Que dorando el error del vulgo quiero
Deciros de qué modo las querría,
Ya que seguir el arte no hay remedio,
En estos dos extremos dando un medio.

En estas palabras se ve compendiada la obra del gran dramaturgo. El se encontró con una materia informe, monstruosa; pero su mirada de águila descubrió en el fondo, manantial de exuberante vitalidad, y á su mágico soplo aquellos elementos discordantes se reunieron en armonioso conjunto, dando origen bajo nuevas formas á un teatro, que correspondiese á las exigencias de la sociedad moderna. Porque aquí debemos fijar la atención sobre ese *medio* ideado por Lope y reducido por él mismo á la práctica en la infinita variedad de sus obras.

Ante todo debe elegirse el asunto sin cuidarse si es de reyes, haciendo á un lado los preceptos y el disgusto que esto causaba á Felipe II, quien

En viendo un rey en ellas se enfadaba,
O fuese el ver que el arte contradice,
O que la autoridad real no debe
Andar fingida entre la humilde plebe.

Este paso atrevido de democratizar el teatro, hablaba disculpa en que no era más que volver á la comedia antigua, pues vemos que Plauto puso en la escena dioses, como pasa en *Anfitrión*. Verdad es que Plutarco no siente bien de esta licencia y que á Lope le pesa aprobarla;

Mas pues del arte vamos tan remotos,
Y en España le hacemos mil agravios,
Cierren los doctos esta vez los labios.

Por lo demás, la gran novedad en materia teatral, la feliz solución del problema debatido, el medio buscado entre las exigencias del arte clásico y las que se veía en la necesidad de halagar, fué lo que ahora llamamos simplemente el drama; género intermedio entre la tragedia y la comedia, en que se funden tonos, estilos y caracteres que antes habían constituído categorías antitéticas, no obstante las diarias enseñanzas de la observación sobre la sociedad y la naturaleza. Véase con qué superior sentido justifica Lope esta innovación de fecundísimos resultados.

Lo trágico y lo cómico mezclado
Y Terencio con Séneca, aunque sea
Como otro Minotauro de Pasifae
Harán grave una parte, otra ridícula;
Que aquesta variedad deleita mucho.
Buen ejemplo nos da naturaleza,
Que por tal variedad tiene belleza.

Difícil es presentar con más tino y mayor exactitud el fundamento racional de ese género de com-

posición, híbrido á los ojos del adusto clásico, pero verdadero desde el punto de vista psicológico; legitimado en el dominio de la Estética y de incalculable trascendencia moral, pues respondía al espíritu nivelador de las sociedades modernas.

Dado este paso decisivo, viene luego la cuestión de forma, presentándose en primer término la tan debatida de las tres unidades. Con su admirable buen sentido, Lope establece sin reserva la unidad de acción, como que arraiga en una ley lógica ineludible.

Adviértase que sólo este sujeto
Tenga una acción, mirando que la fábula
De ninguna manera sea episódica,
Quiero decir, inserta de otras cosas
Que del primer intento se desvien;
Ni que de ella se pueda quitar miembro,
Que del contexto no derribe el todo.

Regla infalible y sencillamente formulada: no debe faltar ni sobrar nada en la fábula dramática; lo primero la incompleta; lo segundo la obscurece y enreda; y en su conjunto debe haber tal y tan íntimo enlace, que se derrumbe el todo por la simple supresión de alguna de sus partes. En cuanto á las otras unidades

No hay que advertir que pase en el periodo
De un sol, aunque es consejo de Aristóteles,
Porque ya le perdimos el respeto
Cuando mezclamos la sentencia trágica
A la humildad de la bajeza cómica.

He aquí, por lo demás, el consejo más sano que pue-